

GRACIAS MILLÁN LOLA AMO

El pasado 15 de marzo se nos murió Millán en el Hospital Clínico de Valladolid. Y digo “se nos murió”, porque era nuestro, un poco de todos, de los que le llamaban el “cura Millán”, “Don Millán” o de los que le conocíamos como Millán sin más, sin títulos, sin calificativos.

Yo soy de éstas, de las de “Millán” a secas. Porque Millán era para mí, un compañero, un amigo, un cómplice, en esa otra vocación suya que fue la Educación de Adultos, y que, gracias a él, y a otros como él, hoy, esa vocación, también es la mía.

Quiso el destino que nos encontráramos en una encrucijada de la vida, en una de esas raras ocasiones en que la suerte se pone de tu parte. Y ya nada volvió a ser lo mismo para mí. Con esa magia suya que era su palabra, su presencia, su modo de vivir y entender, me descubrió otra forma de sentir y pensar el mundo y otras armas para cambiarlo.

Antes incluso de conocerlo, yo ya lo había sentido. Me lo había encontrado en mis propias compañeras, las que antes que yo habían sentido la magia de su espíritu arrollador, las que le habían ayudado a abrir caminos y a derribar muros, las que habían compartido con él sueños, ideales y quebraderos de cabeza. Me lo había encontrado en vecinos de mi barrio luchando codo a codo por la justicia, en jóvenes que se negaban a conformarse y en niños que forjaban un futuro a patada limpia tras un balón.

No fue algo premeditado, ni siquiera consciente, no dependió de mi voluntad ni de mi afán por aprender, fue algo así como una lluvia cálida y fina que te va empapando hasta que te cala el alma. Y de repente, te descubres un día con una fuerza que no tenías, con una sabiduría que no era tuya, con un hambre de lucha que más crece cuanto más se alimenta.

No siempre fue fácil. Millán, que lo daba todo, no se conformaba con recibir menos, ¡Cuántos sinsabores nos costó a veces su ilimitado ímpetu!. Millán, tan hábil y sutil casi siempre, se volvía huracán implacable en la batalla. Su tenacidad era contagiosa, te envolvía y te empujaba. Y nos contagió a todos, ninguna vacuna hubiera podido detener ese torrente arrollador, y cientos de personas caímos gratamente infectadas. Millán fue una epidemia.

¿Cómo agradecerte tanto?. Las palabras me alcanzan a duras penas para tirar del hilo de esta madeja de sentimientos que no acierto a expresar. Millán, tú siempre decías que aprender la palabra es hacerla propia, es sentirla de uno mismo, poseerla. Y yo que poseo tantas, quizás no he aprendido aún las que de verdad importan. O quizás sí. Acaso baste con una palabra simple, sencilla, cotidiana, una palabra que vale tanto como la fe con que se dice, así que simplemente, GRACIAS.